

BREVE HISTORIA de la...
MUJER

María Ferrer Valero

Acérquese a la vida privada de las mujeres, su papel cada vez más activo en la sociedad y los retos a los que se ha tenido que enfrentar como género a lo largo de los siglos y en todos los rincones del planeta. Desde la Antigüedad clásica, en la que sólo podía ser madre y esposa, hasta los feminismos modernos, las sufragistas y la lucha por la emancipación de la mujer y el control de su propio cuerpo.

Conozca el papel de las mujeres en la historia a lo largo de los siglos y en las principales culturas y civilizaciones. El relato se detendrá en algunos de los momentos clave del pasado en los que las mujeres dieron pasos importantes hacia su emancipación, lo que ayudará al lector a entender así el presente.

Breve historia de la Mujer le mostrará la lucha de mujeres como Olympe de Gouges, que redactó la Declaración de Derechos de las Mujeres y Ciudadanas durante la Revolución.

Desde la historia prehistórica, que nos muestra a las mujeres cazadoras y recolectoras, hasta la revolución industrial, que impulsó el primer movimiento sufragista de las mujeres en Inglaterra, pasando por la revolución de las mujeres en Egipto.

De la mano de María Ferrer Valero descubriremos en un relato riguroso y atractivo la sorprendente vida de mujeres como Olympe y la lucha de todas las mujeres por tener un voz y voto en su propia historia.

BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com

 Síguenos en Facebook
www.facebook.com/brevehistoria

Visite la web y descargue fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temáticos y mucho más.



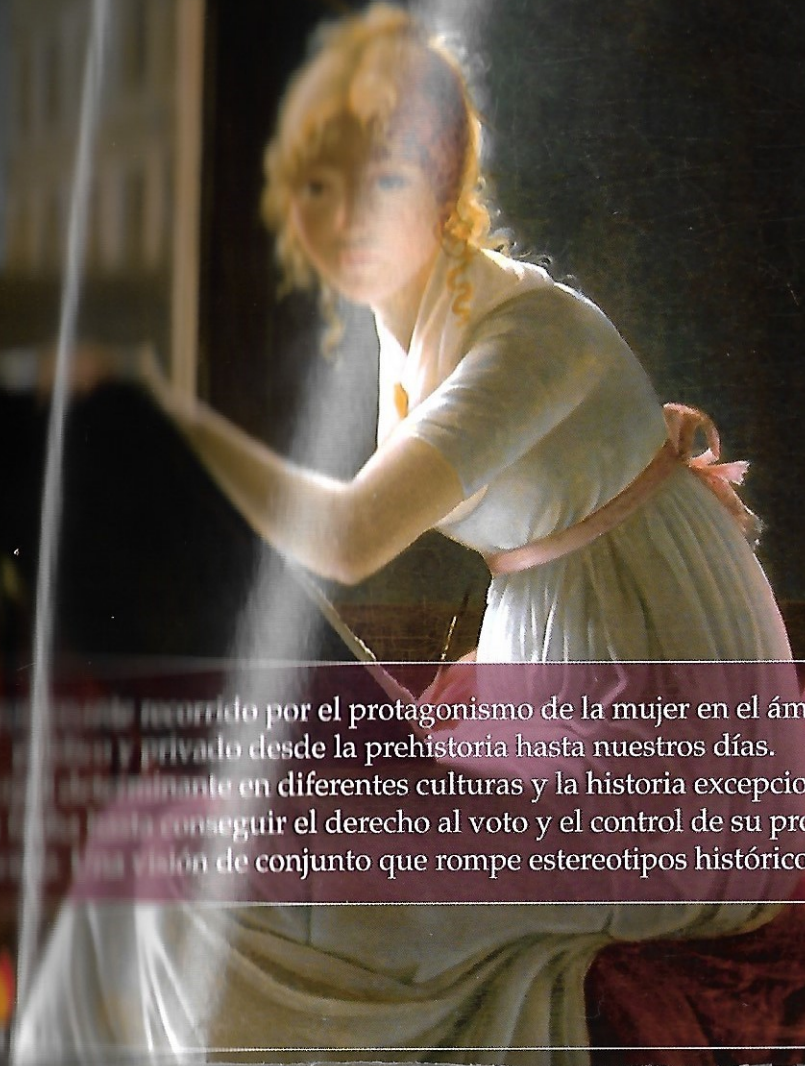
 nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de la...
MUJER

 nowtilus

BREVE HISTORIA de la...
MUJER

María Ferrer Valero



... recorrido por el protagonismo de la mujer en el ámbito público y privado desde la prehistoria hasta nuestros días. ... dominante en diferentes culturas y la historia excepcional ... hasta conseguir el derecho al voto y el control de su propio cuerpo. ... una visión de conjunto que rompe estereotipos históricos

4

La Antigüedad clásica I: Grecia

Los pueblos europeos de Occidente bebieron de las fuentes sociales y culturales de muchas civilizaciones del pasado, dejando más impronta unas que otras. Ya vimos en el capítulo dedicado a Israel cómo la definición de su religiosidad basada en un Dios único marcaría la historia posterior de la Europa occidental con gran fuerza. Pero hubo otros pueblos que también influyeron significativamente en la sociedad europea posterior. Grecia fue la base de la religiosidad romana y de sus estructuras sociales. Roma se cimentaría en los dioses griegos y así se conformaría el mundo occidental, fruto de la asimilación de distintas tradiciones pasadas.

En esta confluencia de civilizaciones observaremos cómo las mujeres verán muy levemente variar su estatus social. Su papel de esposa y madre se afianza como prácticamente el único en el que la mujer tiene cabida en la vida

cotidiana. Las leyes variarán en algún que otro detalle, pero en esencia, serán reclusas en el gineceo, protegidas por sus muros y alejadas de los ojos de la sociedad. Pero Grecia será también escenario de versos y pensamientos filosóficos que no sólo tendrán en los hombres a sus autores. Empezaremos a ver aparecer nombres propios de poetisas y filósofas que, aunque aún tímidamente, sentarán las bases del largo camino hacia la emancipación femenina.

LA MUJER EN LA ÉPICA DE HOMERO Y HESÍODO

La mitología griega, un apasionante relato sobre dioses y diosas, seres sobrenaturales y hechos extraordinarios marcó no sólo la historia de la antigua Grecia, sino que fue asimilada por Roma y renació en siglos posteriores. Aquellos relatos épicos fueron escritos por distintos autores entre los que destacan Hesíodo y Homero. Hesíodo, un poeta del siglo VIII a. C., escribió la historia mítica de Grecia en obras como su *Teogonía*, en la que ordenó la genealogía divina. Homero, por su parte, autor también del siglo VIII a. C., escribió la *Iliada* y la *Odisea*, consideradas los cimientos de la literatura grecolatina. En ellas se relata la guerra de Troya, en la Edad del Bronce, a partir de la tradición oral heredada. Considerados durante mucho tiempo textos históricos, las obras de Hesíodo y Homero recogieron la visión de la creación mítica del mundo que durante siglos se fue transmitiendo de generación en generación.

En la *Teogonía*, Hesíodo nos habla de Gea, la primera diosa: «En primer lugar, existió el Caos. Después Gea la de amplio pecho, Cosmogonía sede siempre segura de todos los inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo». Pero la descendencia de Gea resultó ser nefasta

para los dioses y fue Zeus quien puso orden y estableció un sistema patriarcal entre los inmortales, quitando todo el poder a las mujeres. Fue posiblemente la misoginia del autor, como apunta Sarah Pomeroy, la que habría motivado esta versión de la historia.

En la cosmogonía griega encontramos a cinco diosas principales que no eran sino arquetipos de hembras humanas, tales como las veían los hombres. Atenea se nos presenta como una diosa que niega su feminidad y ensalza su virginidad. Es curioso el relato de su nacimiento, según el cual llegó al mundo de la cabeza de Zeus, su padre, quien se había tragado a su esposa encinta. Historia rocambolesca que justifica que la sabiduría tenga en una mujer a su diosa. Lo importante aquí es que se deja bien claro que Atenea nace de su padre y no de su madre. También su hermana Artemisa se nos presenta como virtuosa, virginal, heredera posiblemente de una imagen primitiva de la madre tierra. A Hestia, hermana de Zeus y tercera diosa, también virgen, se la consideraba protectora de la familia y el hogar. En el nacimiento de Afrodita, la diosa de la belleza, el amor y la fertilidad, encontramos otro relato imaginario del nacimiento de una mujer a partir de los órganos sexuales masculinos de su padre Zeus. Junto a estas cuatro deidades, encontramos a Hera, la reina de los dioses, esposa de Zeus, quien curiosamente parece encontrarse en igualdad de condiciones con él pero que se presenta como una madrastra que intenta emular el poder de su divino esposo. Hera será considerada como la diosa protectora del matrimonio.

Estas cinco diosas nos presentan una imagen poco esperanzadora de la mujer en Grecia. La mayoría vírgenes y algunas nacidas de un ser masculino, son modelos que nos revelan la sumisión real y simbólica de las mujeres respecto de los hombres. Una sumisión que se completa cuando analizamos la relación que tuvieron los dioses y

diosas del Olimpo con los seres mortales. Mientras que ellos tenían relaciones con mujeres mortales, las cuales, por otro lado, adquirirían muy poca importancia en el relato mítico, las diosas solamente podían ser «compañeras» de algunos hombres elegidos, sin llegar a tener contacto físico con ellos.

No nos podemos olvidar de Pandora, considerada la primera mujer, creada por Zeus, ni que Hesíodo en *Los trabajos y los días* nos relata el nefasto episodio de la joven abriendo su caja y esparciendo por el mundo todas las desgracias que deberá sufrir a partir de entonces la humanidad.

En el caso del relato mítico de la guerra de Troya en la *Iliada* y la *Odisea* de Homero nos encontramos con unas mujeres excepcionales por distintas razones que en cierto modo recrean también la imagen y la situación real de la mujer en la Edad del Bronce. Empezamos por la hermosa Helena, causante, según la tradición, de la guerra entre Grecia y Troya al abandonar a su esposo, Menelao, el rey de Esparta por Paris, un príncipe troyano. La guerra se alargaría diez años, en los que los griegos lucharían contra Troya para intentar recuperar a la bella Helena. Esta era hija del rey de Esparta Tíndaro, por lo que la unión entre Helena y Menelao era matrilineal, es decir, que el poder se transmitía a través de las mujeres de la realeza, a pesar de tener hermanos varones.

Pero esto no nos puede hacer pensar que la sociedad griega de la Edad del Bronce fuera una sociedad matriarcal ni defensora de las mujeres como personajes poderosos, sino que más bien nos encontramos ante un mundo patriarcal en el que las mujeres son consideradas poco menos que propiedades.

Símbolo materno es Hécuba, madre de Héctor. Este era cuñado de Helena; al morir en la guerra de Troya dejó desconsolada a su esposa, Andrómaca. Mujer de armas

WATERHOUSE, John William. *Pandora* (1896). Colección privada. La figura mítica de Pandora, quien al abrir la caja de todas las desgracias las expandió por todo el mundo, representa a la mujer causante de los males de los hombres. Su imagen como causante del mal en el mundo fue utilizada de manera reiterada como justificación para denostar a las mujeres.



tomar fue Clitemnestra, hermana de Helena y reina de Micenas por su matrimonio con Agamenón, hermano de Menelao. Según nos cuenta Homero, Clitemnestra estaba enojada con su esposo al haber sacrificado a su hija Ifigenia en un ritual que debía permitirle marchar a Troya en ayuda de Menelao. En ausencia de Agamenón, Clitemnestra tomó como esposo a Egisto, primo de su marido. De vuelta de la guerra, Agamenón encontró la muerte a manos de su esposa y su primo. Otro personaje femenino que encontramos en la *Odisea* es Nausícaa, hija de Alcínoo, rey del pueblo mítico de los feacios y Arete. Algunos expertos identifican a los feacios de la *Odisea* con la Creta minoica. Arete, la reina de los feacios, se

nos presenta como una mujer alabada y honrada por su esposo que podría haber detentado incluso cierto poder en la corte. Su hija Nausícaa, que habría vivido con cierta libertad en aquella tierra junto al mar, se casaría con Telémaco, hijo de Ulises y Penélope. Esta, a su vez, fue una mujer paciente, que esperó largos años el retorno de su esposo y se nos presenta como una mujer prudente, discreta, inteligente y astuta. Terminamos este repaso a las protagonistas femeninas de la épica clásica con una breve mención a las amazonas, mujeres que aparecen en la *Iliada*. Las amazonas reciben su nombre de la falta de un seno (su significado etimológico sería algo así como 'sin senos') cortado voluntariamente para poder usar mejor sus armas de guerra. Al parecer formarían una sociedad matriarcal en la que sólo vivirían mujeres y que se habrían enfrentado con algunos de los héroes míticos de la antigüedad como Aquiles, quien derrotó a su reina, Pentesilea. Su existencia histórica es más bien poco probable.

¿Qué relación tenían todas estas divinidades, reinas míticas y mujeres heroicas, con las mujeres de la antigua Grecia? Muy pocas similitudes encontramos entre el plano mítico y el real. Pero no debemos olvidar que los autores de las obras que hemos citado fueron hombres con un marcado carácter misógino que no dudaron en exponer los hechos del pasado según sus propias creencias e ideologías. Es revelador que la causante de todos los males de la humanidad fuera una mujer (Pandora) o que el origen de la larga guerra de Troya fuera también una dama de la realeza (Helena). Respecto a las divinidades, o se nos presentan destacando su virginidad o intentando emular a los dioses, como es el caso de Hera, no salen muy bien paradas. Una visión que, por cierto, veremos también cuando analicemos las imágenes que del género femenino nos dejaron algunos de los más importantes filósofos de la Antigüedad clásica.

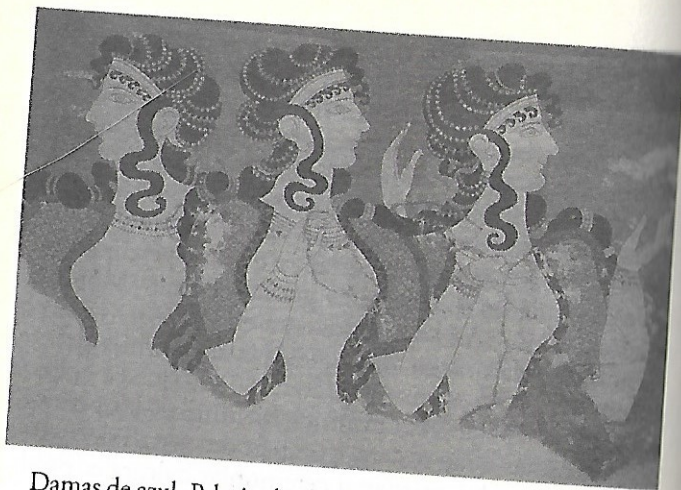
CRETA Y MICENAS, DEL MITO A LA REALIDAD

«Existe una tierra en mitad de las aguas vinosas: es Creta su nombre, bien hermosa y fecunda, cercada de olas. Noventa son allí las ciudades con razas sin número y lenguas muy diversas en gran mezcolanza, que en ella hay aqueos, 175 eteocretes de gran corazón y cidones y dorios, que en tres gentes partidos están, y divinos pelasgos. Una de esas ciudades es Cnoso, la grande, en que Minos de maduro reinó». Así se nos presenta en la *Odisea* la Creta minoica, en la que encontramos a Ariadna, hija del rey Minos y la primera mujer cretense de la que se conoce su nombre. En la Creta histórica las mujeres, empezando por las damas de la realeza, gozaban de cierta libertad de movimientos. Así, asistían a ceremonias culturales públicas, fiestas y juegos gimnásticos. Esta libertad de movimientos unida a la destacada presencia de mujeres en los templos como sacerdotisas además de la gran cantidad de figurillas que representan una suerte de diosa-madre hicieron pensar a algunos historiadores en la posibilidad de que Creta hubiera sido heredera de un matriarcado o «ginococracia», algo en lo que los expertos no se ponen de acuerdo.

Lo que no deja de ser sorprendente es la gran cantidad de estatuillas femeninas en la Edad del Bronce en la Creta minoica. Estatuas que parecen simbolizar a la diosa-madre, adorada en los cultos minoicos.

La mujer en la Edad del Bronce tenía la tarea primordial de permanecer en el hogar en el que, además de criar a sus hijos, pasaba las horas hilando y tejiendo, yendo a buscar agua a las fuentes o moliendo el grano.

Hacia el siglo xv a. C., un pueblo indoeuropeo conocido como los aqueos o micenos, desembarcaba en Creta bajo las órdenes de su rey Agamenón. Micenas asumió parte de la tradición cultural y social cretense.



Damas de azul. Palacio de Cnossos, Creta. En este fresco del palacio de Cnossos, las mujeres, que probablemente formarían parte de la realeza, participan en un baile. Las cretenses disfrutaban de algunos actos públicos como fiestas o ceremonias.

Así vemos a las mujeres en la época micénica viviendo con la relativa libertad que hemos visto en Creta. La vida diaria nos aparece relatada también en la *Iliada* y en la *Odisea*, donde Homero nos explica las costumbres relacionadas con el matrimonio según las cuales, al menos en los ambientes cercanos a la realeza, y en el palacio mismo, el padre convocaba a los pretendientes de su hija entre los cuales elegiría al marido de la joven. La mujer debía engendrar hijos legítimos. Si no lo conseguía, el marido podía tomar una o varias concubinas.

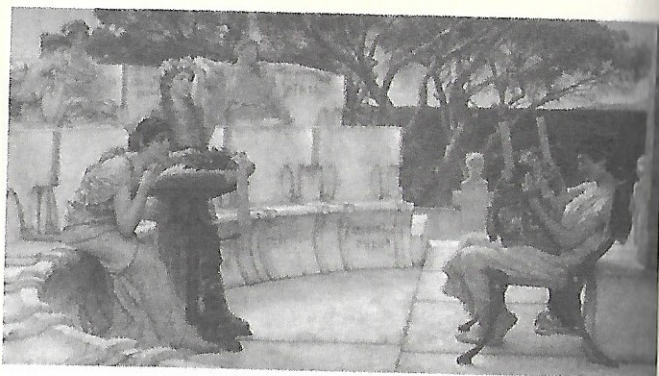
La caída de Micenas supuso el inicio del período conocido como Siglos Oscuros en los que Grecia entró en un largo período que se extendió aproximadamente desde el siglo XI hasta el IX a. C. En el siglo VII a. C. Grecia empezó a salir de aquel tiempo oscuro y se iniciaba

el período arcaico en el que veremos aparece uno de los primeros nombres propios femeninos alejado de la mitología y de la historia heroica y que ha permanecido hasta nuestros días.

LA ÉPOCA ARCAICA, ENTRE LA MISOGINIA Y LOS HERMOSOS VERSOS DE SAFO

Entre el 750 y el 500 a. C., Grecia vivió lo que se conoce como la época arcaica. De estos años destaca la figura de una de las primeras poetisas conocidas de la historia, Safo de Lesbos, quien vivió en un tiempo en el que la misoginia impregnaba con fuerza la sociedad griega. Hombres como Hesíodo, al que ya hemos visto hablar de mujeres nefastas como Pandora, o Semónides de Amorgos, nos muestran el lado más negativo del sexo femenino. Mientras que el primero nos decía con rotundidad que «el hombre que confía en una mujer, confía en un engaño», Semónides aseveraba que Dios había creado a la mujer «de entendimiento y juicio desprovista».

Como contrapunto, en la Edad Arcaica aparecieron una serie de mujeres dispuestas a legar a la historia de la literatura hermosos versos empezando a demostrar que ellas eran capaces de algo más que permanecer recluidas en el hogar. Apenas un puñado de nombres propios ha llegado hasta nosotros, de los cuales algunos son un leve recuerdo, mientras que de otras se conservan algunos de sus versos. Entre nombres como el de Corina, Telesila o Praxila destaca por encima de todas ellas Safo de Lesbos. Considerada la primera escritora de la que se tiene constancia, su figura ha sido vilipendiada en muchas ocasiones conformando imágenes distintas de la persona real que fue la gran poetisa.



ALMA-TADEMA, Lawrence. *Saffo y Alceo* (1881). Walters Art Museum, Baltimore (Estados Unidos). Alceo de Mitilene fue un poeta griego contemporáneo, amigo y presunto amante de la poetisa Saffo, con quien intercambiaba poemas. Saffo es una de las pocas referencias históricas de mujeres eruditas de la Antigüedad.

Su fecha de nacimiento oscila entre principio del 600 a. C. y el 630 a. C. De su vida privada son muy pocos los datos de los que se dispone, salvo que fue original de Lesbos, aunque también se duda sobre si la ciudad que la vio nacer fue Mitilene o Ereso. Saffo provenía de una familia aristocrática, estaba casada y tenía una hija a la que dedicó uno de sus versos:

Tengo una linda niña
con la hermosura
de las flores de oro,
Cleide, mi encanto.

Saffo escribió en griego nueve libros de poemas líricos, llamados monodías, de los cuales solamente ha sobrevivido uno de manera íntegra. También escribió otros tipos de versos como epigramas y elegías.

Considerada como la décima musa por Platón, Saffo cantó al amor no sólo hacia los hombres. Las mujeres también fueron protagonistas de sus versos, en los que ambos sexos son tratados en igualdad. Esto hizo que voces maledicentes hablaran de una Saffo despechada por el amor de un hombre como razón principal que la llevaría a amar a las mujeres. Se llegó incluso a decir que la poetisa se habría lanzado desde un acantilado por haber visto rechazado su amor. Amara a hombres o a mujeres, lo que más interesa de Saffo es que fue una mujer que vivió de su obra, escribía textos por encargo y fundó la que se considera la primera escuela para mujeres de la historia, conocida como la «casa de las servidoras de las musas». Las muchachas aprendían a honrar a Afrodita con cantos y danzas, preparándose para convertirse en esposas en un culto específico a la belleza femenina. La fecha de su muerte también nos es desconocida, aunque por sus propios versos se puede deducir que habría llegado a una cierta madurez, habiendo fallecido en una fecha comprendida entre el 568 y el 563 antes de Cristo.

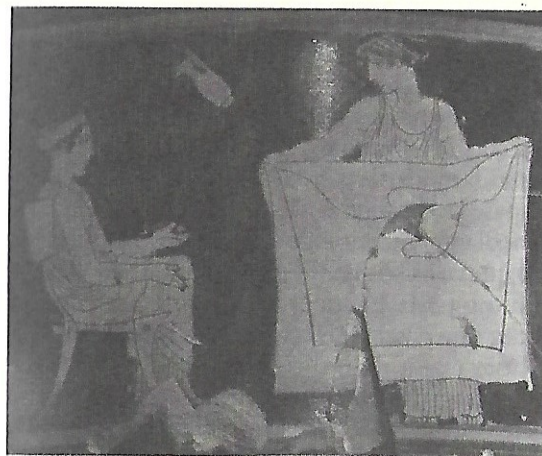
Afrodita fue también en la época arcaica objeto de adoración en templos griegos como el de Corinto en el que encontramos a las hieródulas, prostitutas sagradas. Las hetairas, por su parte, conocidas también como heteras, eran mujeres cultas que ejercían de damas de compañía y eran a la vez prostitutas. A ambas las veremos continuar con su actividad en la Grecia clásica, pero ya de este período arcaico nos ha llegado algún nombre propio como el de Rodopis, una muchacha que vivió alrededor del 600 a. C. que había sido vendida como esclava a un hombre que también era dueño de Esopo, el famoso autor de las fábulas. Después de un largo periplo por Egipto en el que llegó a enamorar a todo un faraón, Rodopis habría vivido en Naucratis ejerciendo la prostitución hasta el fin de sus días.

LA RECLUSIÓN DE LAS MUJERES EN LA GRECIA CLÁSICA

Hacia el 500 a. C. entramos en lo que históricamente se considera como la Grecia clásica, momento de auge de las polis griegas, en el que muchas ciudades-estado evolucionaron y se desarrollaron a partir de los cimientos heredados de la época arcaica.

En Atenas fueron Solón y su compendio legal la base de la situación de la mujer en el período clásico ateniense. Privada de todo estatuto jurídico y falta del derecho de ciudadanía, la mujer en la Atenas clásica se encuentra supeditada a la tutela de un hombre, el *kyrios*, ya sea su propio padre o hermano o miembro masculino de su familia en la infancia, o su esposo en la edad adulta. Su principal deber era el de formar una familia, el *oikos*, con el esposo que su propio *oikos* ha escogido para ella. Como si fuera una propiedad, el hombre que se casara con una mujer la compraba al padre de la misma mediante una donación. Si el padre daba a su vez una dote a la hija, dicha dote sería administrada por el futuro marido. De la misma manera que la mujer era una suerte de posesión, ella no podía tener posesiones materiales ni tener tierras. El dinero o los bienes que el padre de la novia entregaba a su hija eran una suerte de depósito que garantizaría la futura herencia de los hijos que tuviera el matrimonio. La mujer era, en definitiva, el «eslabón silencioso» que hacía de nexo entre su padre, su marido y sus hijos.

Los matrimonios, basados en la familia patriarcal, eran concertados por razones económicas o políticas, por lo que los contrayentes no tenían por qué haberse visto antes ni sentir afinidad mutua. En algunos casos era posible que ya se conocieran, sobre todo si consideramos que los matrimonios entre primos o familiares lejanos fueron bastante comunes en la Atenas clásica. Cuando una mujer



Vaso fechado alrededor del 430 a. C. Museo del Louvre, París. Muchas piezas de cerámica fueron decoradas con escenas de la vida cotidiana de las mujeres como en este caso en el que aparecen dos mujeres, una sentada y otra de pie, con una pieza de tela en sus manos. Estas escenas sirven para identificar las obligaciones a las que se dedicaban las mujeres en sus vidas privadas.

contraía matrimonio pasaba de la tutela paternal-fraternal a la tutela de su marido, de manera que un contrato matrimonial suponía la subordinación directa de la mujer respecto de su nuevo tutor. El padre o antiguo tutor perdía temporalmente este rol con respecto de su hija, pero podía recuperarlo en caso de fallecimiento del marido.

Dentro del *oikos* la esposa legítima podía convivir con las concubinas. Mientras que la esposa debía permanecer fiel al marido del que era bastante difícil divorciarse pues debía recibir el consentimiento de su padre o antiguo tutor, el marido que quería separarse simplemente tenía que echar a su esposa fuera de casa.

En el caso de que una mujer en edad de casarse no tuviera hermanos varones y, por tanto, fuera depositaria de la herencia familiar, esta se transmitía directamente al esposo. Conocidas como *epikleroi*, estas muchachas permanecían bajo la tutela de uno de los varones miembros de su familia hasta que se negociaba su matrimonio y el traspaso de sus bienes. El matrimonio quedaba legitimado mediante una serie de rituales y ceremonias como la *engyesis*, que consistía en un pacto de palabra entre el tutor y el futuro esposo. Después se procedía a la entrega de la muchacha que pasaba de la casa del padre a la del marido. En su nueva casa, la mujer tomaba un baño nupcial a modo de rito purificador con el que se preparaba para el banquete nupcial en el que permanecería todo el tiempo oculta tras un velo. Las ceremonias culminaban con la entrada de los novios en la cámara nupcial. A partir de entonces, su nueva vida se centraría en la rutina diaria de su nuevo hogar. Las mujeres atenienses eran de por vida menores de edad que dependían legalmente de una figura masculina, ya fuera algún hombre de su propia familia o su esposo. Si quedaba viuda, ella y sus bienes pasaban a sus hijos en caso de tenerlos y ser mayores de edad o si no volvía a permanecer bajo la tutela de su padre, tío o hermano.

Esta eterna menor de edad vivía recluida en el gineceo. En la zona más oculta de la casa, alejada de la mirada pública, las estancias de las mujeres eran el escenario de su vida privada. Allí cosían, hilaban, cocinaban, se hacían cargo de los esclavos si pertenecían a las clases altas, y daban a luz a su prole, a la que cuidaban hasta que, a los siete años, los niños eran separados de las niñas.

La mujer se consideraba también como elemento pasivo en la procreación de los hijos. Aún no se conocía la existencia del óvulo femenino, por lo que el útero se entendía como un simple receptáculo del semen

masculino. Se veía el cuerpo femenino como la tierra que se sembraba con una semilla y daba sus frutos. Lo que sí constataban las mujeres era la peligrosidad que entrañaba el parto, momento en el que se incrementaba la mortalidad femenina. Ilustrativo es el comentario de la Medea de Eurípides: «¡Necios! Preferiría tres veces estar a pie firme con un escudo, que dar a luz una sola vez». Invocaciones a distintas diosas protectoras como Elitía, Leto o Hera se oían mientras la comadrona y las mujeres de la familia ayudaban a la futura madre a salir victoriosa del trance.

Las comadronas fueron mujeres respetadas en la sociedad griega hasta el punto de protagonizar algunos de los diálogos de los grandes filósofos. En concreto es Sócrates quien en la obra de Platón *El Teeteto* las calificaba de mujeres dignas. Curiosamente, la propia madre del filósofo Sócrates, Fenaretas, fue comadrona y en ella se inspiró para definir su propio método filosófico conocido como la mayéutica. Este método tiene su origen en la palabra griega *maieutiké* que significa algo así como «arte de procrear». Es muy probable que el filósofo griego tomara esta analogía de su propia madre, Fenaretas, cuyo nombre, a su vez, significaba «dar a luz a la virtud».

Tras el parto, la mujer, considerada impura, debía participar, acompañada de las mismas mujeres que la habían asistido, en distintos ritos de purificación. Cinco días después se celebraban las Anfidromias, una fiesta en la que se presentaba al niño a los parientes y se le asignaba un nombre, incorporándose simbólicamente al núcleo familiar.

Las tareas reservadas a las mujeres excluían cualquier actividad que supusiera el tener que salir de casa de manera asidua, por lo que de hechos tan cotidianos como hacer la compra se encargaban los hombres evitando así que su esposa e hijas se expusieran a la mirada pública en el mercado de la ciudad. Si se trataba de un hogar noble



Pelike ática (h. 470 a. C.). Museo del Louvre, París. Mujeres lavando la ropa en el gineceo. En la gran mayoría de representaciones pictóricas de las mujeres atenienses aparecen recluidas en sus aposentos, realizando tareas típicas de la vida cotidiana.

con más recursos económicos eran los esclavos los que realizaban dichas tareas.

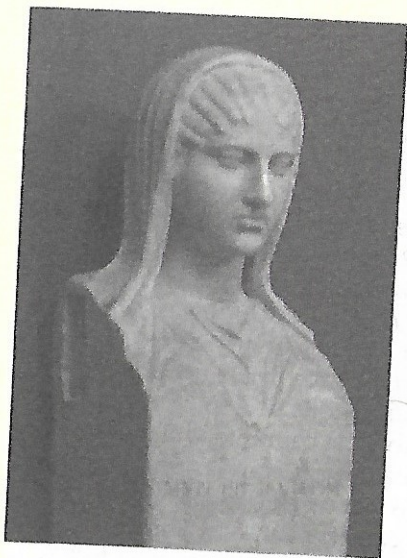
Solamente las fiestas familiares como matrimonios o nacimientos así como los funerales y las celebraciones religiosas daban a las mujeres cierto respiro. De las más multitudinarias eran las Panateneas, fiestas en las que participaban hombres y mujeres para conmemorar el nacimiento de la diosa Atenea. En esta celebración, las jóvenes vírgenes, llamadas *kanephoroi*, eran las encargadas de portar los cestos sagrados. La diosa Deméter recibía

honor en las fiestas conocidas como las Tesmoforias en las que las mujeres tenían una participación activa en los ritos que se llevaban a cabo para propiciar la fertilidad de los campos, no en vano Deméter era la diosa de la agricultura.

Deméter también era la protagonista de otra fiesta anual conocida como los Misterios Mayores y Menores en los que participaban sacerdotisas conocidas como *dadouchousa* e *hierofántides*. Estas mujeres estaban al servicio del gran sacerdote llamado *hierofante*. En Atenas, la figura de la sacerdotisa de Atenea Polias era respetada en la polis. La figura de la sacerdotisa no estaba ligada necesariamente a un estado de virginidad aunque sí de pureza y de reputación respetable dentro de la comunidad. Escogidas por los ciudadanos, las sacerdotisas eran las únicas mujeres que eran consideradas como ciudadanas dentro de la polis, pues las mujeres casadas eran solamente hijas, esposas o madres de ciudadanos. Dentro de las sacerdotisas, la que ejercía como profetisa era la que tenía mayor rango y tenía más prestigio.

Junto a las mujeres recluidas en el gineceo y las sacerdotisas encontramos en la Grecia clásica otra tipología femenina que ya hemos visto en el período arcaico, las hetairas. La más famosa en la Atenas del siglo V a. C. fue Aspasia, quien pasó a la historia no sólo por ser compañera de Pericles, sino por su capacidad intelectual y sus dotes como estratega. Aspasia ejerció como maestra de retórica, fue consejera de su amante Pericles y compartió diálogos filosóficos con pensadores como Anaxágoras o Sócrates, quien en su obra *Menéxeno* no escatimó elogios hacia ella.

La amante de Pericles representa a un grupo de mujeres que vivió libre en la polis accediendo a una sabiduría a la que las mujeres casadas no tenían acceso. Dueñas de sus propios bienes, las hetairas hacían de sus propias hijas futuras prostitutas mientras que es muy probable que



Aspasia de Mileto. Museo del Vaticano, Italia. Busto de mármol. Copia romana de un original griego. Aspasia es una de las mujeres más famosas de la Grecia de Pericles, cuyo protagonismo fue destacado junto al político ateniense al que se dice que asesoró en cuestiones de gobierno.

practicaran el infanticidio de sus hijos varones o los abandonaran a su suerte. Ellas gozaron de una libertad que otras mujeres no tenían y accedieron a un conocimiento vetado a las esposas y madres. Como hemos visto, Aspasia rivalizó en inteligencia con grandes nombres de la filosofía. No sería la única.

LAS MUJERES Y LA FILOSOFÍA

Evocar la Atenas Clásica es pensar, sin duda, en el ágora de la polis repleta de hombres eruditos que pasarían a la historia del pensamiento como grandes filósofos. Puntal de la filosofía occidental, nombres como Aristóteles, Platón, Sócrates y muchos otros convirtieron la ciudad ateniense en el núcleo y origen del pensamiento clásico. Muchos

de estos pensadores, a los que no se les niega el mérito de haber escrito grandes obras, tuvieron una imagen muy poco esperanzadora de las mujeres. Aristóteles, cuyas teorías nada halagüeñas para el sexo femenino fueron asimiladas como verdades indiscutibles durante siglos, aseguraba que la mujer era un ser incompleto. Muchos de sus discípulos defendieron sus mismas teorías misóginas. Teofraсто, por ejemplo, alertaba del peligro que podría suponer que una mujer recibiera más educación que la necesaria para permanecer en el gineceo. Los grandes hombres, en definitiva, hablaron mal de las mujeres haciendo de sus teorías saberes autorizados basados en ideas falsas respecto de lo femenino.

En aquel panorama poco alentador para las mujeres, encontramos dos corrientes de pensamiento que les dieron un poco de esperanza. Los epicúreos y los cínicos defendieron una cierta emancipación femenina pero, por desgracia, tuvieron pocos seguidores. Epicuro aceptaba en su escuela de filósofos a mujeres que podían estudiar en igualdad de condiciones que los hombres mientras que, de entre los cínicos, nos ha llegado el nombre de Hiparquía, considerada una de las primeras filósofas de la historia. Junto a su esposo, el cínico Crates de Tebas, participaba en reuniones de eruditos en igualdad de condiciones. En *La República* Platón decía que «en cuanto a la naturaleza difieren entre sí un hombre carpintero y otro médico, no un hombre médico y una mujer médica: las dotes naturales están similarmente distribuidas en el hombre y la mujer; sólo difieren en que la mujer es más débil. Por lo tanto, las mujeres deben realizar las mismas tareas que los hombres y recibir la misma educación».

Los pitagóricos también aceptaron a las mujeres en sus escuelas de pensamiento. Empezando por su fundador, Pitágoras, quien se casó con otra célebre filósofa. Teano, nacida en la colonia griega de Crotona, en el sur de Italia,

donde el filósofo había fundado una escuela filosófica, pasó de ser una de sus alumnas a convertirse en su esposa. A Teano se le atribuye la definición del teorema matemático de la proporción áurea y haber escrito varios tratados filosóficos, de los que sólo se conserva un fragmento de su obra *Sobre la piedad*. A la muerte de Pitágoras, con el que llegó a tener cinco hijos, Teano se hizo cargo de la escuela en la que continuó formando a hombres y mujeres por igual. De sus alumnas nos ha llegado el nombre de la filósofa de Esparta Fintis, quien habría vivido hacia el 400 a. C. y fue autora de un tratado sobre el comportamiento moral de la mujer.

En *El Banquete* de Platón, Sócrates nos habla de una mujer sabia: «Me ocuparé del discurso sobre el amor, que un día escuche de una mujer de Mantinea, Diotima, que no sólo era sabia en estas cuestiones, sino en otras muchas». A pesar de que algunos historiadores han puesto en duda la existencia de Diotima, considerando que su presencia en el texto platónico no es más que una figura literaria, otros la consideran una filósofa histórica que habría vivido alrededor del año 400 antes de Cristo.

EL ORIGINAL CASO DE ESPARTA Y GORTINA

En la península del Peloponeso, la polis griega de Esparta nació como entidad política formada hacia el siglo X a. C. y a lo largo de su historia destacó por ser una importante potencia militar. En la sociedad espartana, la crianza y formación de sus soldados era la piedra angular de su funcionamiento. En esta organización militar de la polis griega las mujeres tuvieron un papel sustancialmente diferente del que hemos descrito para las ciudadanas atenienses.

Las leyes de Licurgo, que conformaron el corpus legal de Esparta durante mucho tiempo, especificaban

que las tumbas de sus ciudadanos no podían identificarse con el nombre del difunto excepto en el caso de los soldados caídos en la guerra y las mujeres que morían al dar a luz. Esto nos da una idea de la importancia que tenían las mujeres en la sociedad de Esparta, en la que su principal función, por la que eran admiradas y respetadas, era la de engendrar a los futuros soldados de la polis. Para que las espartanas fueran madres sanas, al menos las ciudadanas de posiciones sociales elevadas, eran liberadas de sus tareas hogareñas para poderse dedicar a cuidar su cuerpo y velar por el perfecto desarrollo de sus hijos. Así, las mujeres de Esparta estaban bien alimentadas y destacaron por ser grandes deportistas. Hasta tal punto llegaba la necesidad de soldados, que los hombres permitían que sus esposas mantuvieran relaciones con los ilotas, campesinos sometidos a servidumbre, cuando ellos permanecían largas temporadas guerreando lejos de casa. Incluso si era necesario, aceptaban compartir a sus esposas con otros hombres que necesitaran de un hijo varón. En aquellas largas ausencias, las mujeres eran dueñas y señoras de sus casa, en las que tenían un amplio poder de gestión y administración, llegando incluso a poseer bienes y tierras.

Situación similar se vivió en la ciudad cretense de Gortina, volcada también en el arte de la guerra y en la que las mujeres, largamente alejadas de sus maridos, tenían una libertad de movimientos de la que no disfrutaban en otras polis griegas. En Gortina las mujeres tenían sus propios bienes, recibidos en forma de dote o herencia paterna, de los que el marido no podía disfrutar. Junto a sus hermanos, recibían la parte patrimonial de la casa de su padre en igualdad de condiciones. La esposa, una vez entraba en la casa de su marido, permanecía libre de la subordinación y dependencia, mientras que los bienes de ambos permanecían separados.

LAS MUJERES EN LA ÉPOCA HELENÍSTICA

Cuando la política expansionista del rey de Macedonia Filipo II llevó a sus huestes a expandirse por toda Grecia, las ciudades-estado entraron en decadencia y perdieron su independencia. Nos encontramos en la mitad del siglo IV a. C. El hijo de Filipo, Alejandro Magno, continuó la política de su padre, extendiendo la influencia de la dinastía macedonia y culminando en lo que se conoce como período helenístico, etapa que va desde el 323 a. C., fecha de la muerte del rey soldado, hasta el establecimiento de Roma en Egipto, hacia el 30 d. C. En aquella etapa de trescientos años, la división del territorio de la dinastía macedonia dio como resultado la creación de distintas entidades monárquicas: los antigónidas en Grecia, los ptolomeos en Egipto y los seléucidas en Asia Menor.

En aquel nuevo escenario, las mujeres de la realeza macedonia tuvieron un especial protagonismo como ejecutoras del poder en la sombra que llegaron incluso a hacer uso del asesinato para conseguir su objetivo. Ese fue el caso de Olimpia, esposa de Filipo II, quien no dudó en eliminar a las otras esposas del rey para asegurar la ascensión al trono de su hijo Alejandro. Convertida en reina madre, en ausencia del gran conquistador, Olimpia tomó las riendas del poder rivalizando con Antípatro, a quien Alejandro había dejado a la cabeza del gobierno. Muchas de las princesas reales fueron utilizadas por las distintas dinastías macedonias para cerrar pactos estratégicos con reinos vecinos aunque ninguna de ellas ejerció el poder por derecho propio, sino que lo hizo mediante matrimonio o por filiación materna.

De la misma manera que las soberanas tuvieron un papel activo en la política, las mujeres de la aristocracia en este período helenístico disfrutaron de ciertas prerrogativas legales y de una participación activa en algunas



Medallón romano del siglo III a. C. con el perfil de Olimpia, reina de Macedonia, esposa de Filipo II y madre de Alejandro Magno. Walters Art Museum, Baltimore (Estados Unidos). Olimpia ejerció un importante papel a la sombra de su marido moviendo los hilos del poder.

actividades públicas. Una participación tímida pero destacada en el lento avance de los derechos políticos de las mujeres.

La base social continuaba siendo el matrimonio, pero empezamos a ver cómo la unión entre un hombre y una mujer ya no era fruto de la negociación entre el tutor de ella y su futuro esposo, sino de una decisión exclusiva de los cónyuges. De la misma manera, el divorcio era una decisión que podían tomar ambos en igualdad de condiciones.

La mujer helenística tuvo más libertad de movimientos para poder realizar actividades económicas, testar o participar en actividades relacionadas con la justicia.

Llegaron incluso a recibir una educación primaria que hasta entonces había sido reservada exclusivamente a los niños. Las escuelas, palestras y gimnasios fueron poco a poco lugares de formación de las mujeres.

En la Alejandría helenística del primer siglo de nuestra era encontramos a María la Judía, conocida también como Miriam la Profetisa. A esta mujer, considerada como la primera mujer alquimista documentada de la historia, se le debe, como destaca Margaret Alic, el reconocimiento por haber sentado las bases teóricas y prácticas de la alquimia occidental. María escribió varios tratados científicos, de los que sólo se han conservado algunos fragmentos, e inventó varios artilugios para mejorar sus experimentos químicos. Sin olvidarnos de la famosa técnica de calentamiento de materiales y sustancias conocido como el «Baño María».

Grecia se encontró en la historia con otra gran civilización, Roma. Ambas coincidirían también en el solar egipcio. Tres culturas diferentes de las que se forjó una situación legal, social y económica para las mujeres. Hasta ahora hemos visto las especificidades de Egipto, donde tuvieron cierta independencia como miembros de la comunidad, y Grecia, donde el gineceo fue el escenario «natural» de sus mujeres. Roma se adentraría en las tierras de ambos pueblos y dibujaría un panorama específico para las romanas y las súbditas del Imperio.